

ta y de los Piombo, el resumen de las pasiones más terribles quedaron inscritos en una página del registro civil como se inscriben sobre la piedra de una tumba los anales de un pueblo, y á menudo con una palabra: Robespierre ó Napoleón. Ginebra tembló. Semejante á la paloma que, atravesando de un vuelo los mares, no tenía más que el arco donde posarse, le era imposible á ella refugiar su mirada en otro punto que en los ojos de Luis, pues todo era triste y frío en torno de ella. El continente del alcalde daba en severo, y su secretario miraba á los dos novios con curiosidad malévolá. Nada menos parecido á una fiesta que el acto aquel. Como ocurre con todo lo de la vida humana, si está desposeído de signos accesorios, consumóse allí un hecho sencillo en cuanto al mismo hecho se refiere, inmenso por pensamiento. Después de algunas preguntas á que contestaron los esposos, refunfuñadas algunas palabras por el alcalde y puestas las firmas sobre el libro del registro, quedaron unidos Luigi y Ginebra. Y los dos corsos, cuya alianza de amor respiraba tanta poesía como la que puso el genio en la historia de Romeo y Julieta, atravesaron dos filas de parientes gozosos, á que eran extraños, y los cuales se empezaban á impacientar por el retraso que les ocasionaba este casamiento tan triste. Viéndose en el patio, á la luz del cielo, escapóse del pecho de Ginebra un suspiro.

—¡Oh! ¿basta una vida de desvelos y de cariño para recompensar el valor y la ternura de mi Ginebra?—le dijo él.

La novia olvidó todas sus penas al oír estas palabras, pues había sufrido viéndose obligada á pedir al mundo una dicha que le negaban los suyos.

—¿Por qué se mezclan los hombres entre nosotros?—preguntó con ingenuidad que encantó á Luigi.

La alegría de vivir hizo andar tan ligeros á los esposos, que bien puede decirse que sin ver nada de lo que había á su alrededor: cielo ni tierra; volaron, como si tuviesen alas, hacia la iglesia. En obscura capilla, ante un altar humilde, celebró un cura viejo su matrimonio. También allí, como en la alcaldía, viéronse las mismas bodas, que parecían perseguirles para que envidiasen el esplendor con que se celebraban. Resonaba en la iglesia, llena de amigos y parientes, el alboroto que producían el llegar de las carrozas fuera, y dentro el ir y venir de pertigueros, sacristanes y monagos,

y sacerdotes. Brillaban los altares con toda la riqueza del rito, y los ramos de azahar que adornaban las imágenes de la Virgen parecían recién puestos. No se sentían más que perfumes; no se veían más que flores, cirios brillantes, almohadillas de terciopelo bordadas en oro: dírase que Dios era cómplice de aquella felicidad gozada durante un día. Cuando fué preciso colocar sobre las cabezas de Luigi y de Ginebra el símbolo de unión perenne, simbolizando el raso blanco el yugo, suave, espléndido, ligero para unos, y pesado como el plomo para los más, buscó inútilmente el cura á los jóvenes que acostumbran á desempeñar este papel; tuvieron que reemplazarle dos de los testigos. El sacerdote pronunció con grandes prisas su plática, advirtiéndoles á los esposos los peligros de la vida y conminándoles acerca de las obligaciones que inculcarían á sus hijos; y aprovechó la ocasión para censurar indirectamente la ausencia de los padres de Ginebra. Luego, habiéndoles unido ante Dios, como el alcalde ante la ley, concluyó su misa y los dejó.

—¡Dios les bendiga!—dijo Vergniaud al albañil en los pórticos de la iglesia.—No he visto otras dos criaturas más en armonía; son uno para otro. Los padres de esta muchacha no están cabales. No conozco soldado tan valiente como el coronel Luis. Si todos hubiesen imitado su ejemplo, el otro reinaría aún.

La bendición del militar, única que aquel día recibieron, cayó como un rocío en el corazón de Ginebra.

Separáronse, estrechándose la mano, y Luigi dió cordialmente las gracias á su propietario.

—¡Adiós, valiente!—dijo Luis al albéitar—te agradezco el favor.

—Siempre á sus órdenes, mi coronel. Alma, cuerpo, caballos y carruajes, están á su disposición.

—¡Cómo te quiere!—dijo Ginebra.

Luis arrastró apresuradamente á su esposa hacia la casa que debían habitar, y no tardaron en hallarse solos; cuando la puerta quedó cerrada, Luigi estrechó á su compañera en los brazos, diciéndola:

—¡Oh, Ginebra mía! Puesto que ya me perteneces, aquí celebraremos la verdadera fiesta. Todo nos sonreirá aquí.

Examinaron juntos las tres piezas que formaban parte de la habitación. Servía la de entrada para sala de recibir y

comedor; á la derecha hallábase la alcoba y á la izquierda un hermoso gabinete, que hizo él arreglar para su adorada, donde ésta encontró sus caballetes, su caja de colores, sus yesos, sus modelos, sus maniqués, sus telas, sus carteras, todo lo que ha menester un artista.

—Luego yo trabajaré aquí—exclamó con alegría infantil.

Y estuvo mirando detenidamente las colgaduras, los muebles, volviéndose siempre á su Luis para repetirle las pruebas de su agradecimiento, pues se notaba hasta cierto punto no sé qué esplendorosa magnificencia en este retiro amoroso: en una biblioteca se hallaban encerrados los libros favoritos de Ginebra y al fondo un piano. Sentóse sobre un diván, atrajo hacia sí á Luis y estrechóle afectuosamente.

—Tienes buen gusto—le dijo con voz cariñosa, acariciándole.

—Tus palabras me hacen muy dichoso—contestó él.

—Acabemos de verlo todo—preguntó Ginebra, á quien Luigi no había dicho hasta entonces palabra alguna del arreglo de su nido.

Y entraron en la cámara nupcial, fresca y blanca como una virgen.

Riendo, murmuró Luis:

—¡Oh, salgamos!

—No, que quiero verlo todo.

Y la exigente niña miró todo el mueblaje, con la escrupulosidad curiosa del anticuario que examina un medallón; pasó su mano por la sedería, y demostró en su examen el contento natural, sin reservas, de la recién casada que va desenvolviendo los tesoros de su canastilla.

—Empezamos bien, arruinándonos—observó entre risueña y pesarosa.

—Es verdad; he empleado en esas compras todos los atrasos que me debían del sueldo—respondió Luigi.—Los he vendido á un buen hombre llamado Gigonnet.

—Y ¿por qué?—replicó ella en tono tal, que, siendo de reproche, descubría la satisfacción íntima que le embargaba.—¿Te parece que habría sido menos dichosa, cobijándome bajo un techo cualquiera? Pero, la verdad, todo esto es muy lindo, y nos pertenece.

Luigi la contemplaba con tanto ardor, que bajó la pobre niña los ojos ruborosa, y murmurando:

—Vamos á ver lo que falta.

En el piso superior había un cuarto para él, la cocina y la habitación de la criada. Complacióle á Ginebra su limitado dominio, aunque la vista tropezase con las altas paredes de la casa fronteriza, y el patio, por donde penetraba la luz, fuera sombrío. Tenían el corazón tan alegre, y era tan bella su esperanza en lo porvenir, que todo se les presentó risueño en su misterioso retiro. Se hallaban en él como perdidos para la inmensidad de París, como dos perlas encerradas en su concha de nácar allá entre los profundos abismos del mar: lo que otros tomarán por prisión, aceptábanlo ellos como paraíso.

Entregáronse, los primeros días de aquella existencia, por completo al amor. Difícil cosa fué para sus espíritus consagrarse á las labores ordinarias, y no supieron resistir al encanto de quererse. Horas enteras permanecía Luis reclinado perezosamente en el regazo de su mujer, admirando el color de sus cabellos, el perfil de su cara, el deslumbrante óvalo de sus ojos y los dos arcos bajo los cuales se agitaban dulcemente, revelando la inmensa ventura de su pasión satisfecha. Ginebra acariciaba la cabeza de su Luigi, sin saciarse nunca, contemplándolo, de adorar, según una de sus expresiones, la *beltà folgorante* de aquel joven y la delicadeza de sus rasgos; atráale siempre la distinción de sus modales, como á él le atraía la gracia de los suyos. Jugaban, como los niños, con cualquier cosa, y de las naderías daban en los extremos de su pasión, no cansándose de sus divertidos enredos sino para dar en la vaguedad soñadora y dulce del *far niente*. Cualquier canción de Ginebra variaba los motivos de su apasionamiento, arrastrándoles otra vez á sus caricias juguetonas. Más tarde, llevando á compás su paso, como llevaban su alma amorosa, recorrían los campos, tropezando siempre con su cariño que parecía grabado en las flores, en las líneas del cielo, hasta en lo más lejano de aquellas tintas rojas del sol poniente que inflamaban el horizonte; ¿qué más? los nubarrones espesos que se entrechocaban caprichosamente en la atmósfera parecían participar de su ventura. Ningún día resultaba para ellos como el anterior, y su cariño crecía, crecía, sin duda porque era verdadero. Puestas sus almas á prueba en pocas horas, comprendieron instintivamente que su grandeza inagotable les prometía infinitos goces para lo porvenir. Albergábase en ellas el amor ingenuo, con sus interminables coloquios, sus medias frases

sublimes, sus expresivos y prolongados silencios, su reposo oriental y sus arrebatos. Comprendían lo que encerraba el amor. ¿No es el amor comparable á la mar que, vista superficialmente ó á la ligera, parece monótona á las almas vulgares, y, sin embargo, los seres privilegiados pueden consagrar toda su existencia á la única ocupación de admirarla, encontrando en sus espumas continuos cambios y fenómenos que les deslumbran?

Llegó un día, sin embargo, en que fué necesario trabajar para vivir. Ginebra, que tenía excelentes disposiciones para hacer imitaciones de los cuadros antiguos, se dedicó á sacar copias, y no tardó en formarse su clientela entre los corredores. Luigi á su vez revolvió cielo y tierra, pero era muy difícil para un joven, cuyos conocimientos se limitaban al arte estratégico, hallar ocupación en París. Cansado ya de que todos sus esfuerzos se malograsen, y con la desesperación en el ánimo viendo que todo el peso de su existencia caía sobre la sufrida mujer, quiso sacar partido de su carácter de letra, que era bellissimo. Con la constancia, de que le daba ejemplo Ginebra, solicitó trabajo en casa de escribanos, abogados y notarios de la capital. Su situación y la nobleza de su espíritu interesaron á todo el mundo en su favor, y obtuvo tal clientela, que le fué preciso buscar dependientes. A poco montó su agencia en gran escala. Con sus ingresos, y los que les proporcionaban los cuadros de la italiana, acabaron por conseguir una posición cómoda que les enorgullecía, puesto que sólo dependían de sí mismos. No hubo para ellos instante de su vida más hermoso. La vida se les iba sin sentir entre sus ocupaciones y sus caricias. Por la noche, después de haber trabajado mucho, se encontraban en el gabinete de Ginebra. Servíales entonces la música de distracción, sin que les anublara el rostro la más leve sombra de melancolía, ni ella se permitiese turbar su goce con la queja más ligera; sino que, por lo contrario, aparecía siempre ante su Luis con la sonrisa en los labios y los ojos resplandecientes de pasión. Dominábales á los dos el mismo pensamiento, y hubiera bastado eso para hacerles conllevar las molestias más rudas: decláse Ginebra que trabajaba para Luigi, y Luigi que se entretenía para Ginebra. Algunas veces, en ausencia de su marido, pensaba la joven que su dicha fuera completa, si aquella existencia plácida y amorosa corriese además en compañía de sus padres; abandoná-

base entonces á melancolía inmensa, atormentada fuertemente por los remordimientos; representábanse en su imaginación los cuadros más sombríos; veía á su viejo solo, ó llorando á su madre y procurando que el inexorable Bartolomeo no descubriese sus lágrimas; erguíanse de improviso las dos cabezas blancas y graves ante sus ojos, y le parecía que ya no le era posible contemplarlas de nuevo, sino á la fantástica luz de la muerte. Perseguíale semejante idea como un presentimiento fatal.

El aniversario de su matrimonio celebrólo regalándole á su marido un retrato que con ansia deseaba él: el retrato de su Ginebra. Nunca dibujó obra de tal mérito; aparte la semejanza indiscutible, en todos sus rasgos lesíanse, con mágica expresión, la pureza de sus sentimientos y su felicidad de amar, y sobre todo relucía el brillo de su hermosura. Celebróse aquella labor maestra. El año que así inauguraban pasó también con toda tranquilidad y su historia puede resumirse en dos palabras: *eran felices*. No ocurrió ningún acontecimiento que merezca relatarse.

A principios de 1819, los corredores de cuadros dijeron á Ginebra que les diese algo más que copias, pues no podían venderlas ya ventajosamente por la excesiva competencia. La Porta comprendió que había hecho mal no ejercitándose en la pintura original con que podría haber adquirido envidiable renombre, y se dedicó á hacer retratos; pero tuvo que luchar con una nube de artistas más pobres que ella. Sin embargo, como los esposos reunieron algunas economías, confiaban aún en lo porvenir. Hacia el fin del invierno Luigi trabajó sin tregua ni descanso. También le tocaba á él esforzarse contra los competidores; los pliegos de oficio se pagaban á más bajo precio y ya no podía dar ocupación á nadie, con lo cual es claro que necesitaba emplear más horas para reunir el mismo jornal. Su mujer pintó algunos cuadros que no dejaban de tener mérito; pero las demandas escaseaban aun para los artistas famosos. Ginebra los ofreció á precios inverosímiles, sin conseguir que se los comprasen. La situación amenazó llegar á ser insoportable; saturábales el alma con sus efluvios la dicha, y el amor derramaba con mano pródiga sobre ellos sus tesoros; pero la miseria se levantaba como un fantasma, amenazando agostar aquella cosecha de placeres, y aunque cada cual la veía, guardábase de revelar sus inquietudes. Cuando más ganas

sentía de llorar Ginebra viendo sufrir á Luigi, colmábale de caricias; y del mismo modo escondía en lo más íntimo y oculto su pena el esposo, consolando á su compañera con las manifestaciones más tiernas de su amor. Querían compensar su desgracia hostigando sus sensaciones dulces, y exaltaba no sé qué frenesí, lo mismo sus palabras, que sus juegos y sus goces. Temblaban pensando en lo porvenir. ¿Dónde está el sentimiento que puede compararse al de una pasión amenazada de concluir en plazo próximo porque la agoste la muerte ó la pobreza? Hablando de su indigencia, sentían la necesidad de engañarse mutuamente y se aferraban con el mismo ímpetu de deseo á la esperanza más sutil. Buscó cierta noche inútilmente á Luis, que no estaba á su lado, y se levantó asustada del lecho. Débil claridad, que reflejaba el muro sombrío del patio, le reveló que su marido trabajaba durante la noche. Se entretenía él, en efecto, hasta que su esposa durmiese, y entonces subíase al despacho. Dieron las cuatro y Ginebra volvió á acostarse, fingiendo descansar. Luigi entró muerto de fatiga y de sueño y Ginebra contempló dolorosamente aquella faz hermosa, que surcaban ya algunas arrugas.

—Por mí, por mí pasa las noches escribiendo—murmuró, arrasándosele de lágrimas los ojos.

Asaltóle una idea, y se los secó: fué la de imitar á Luigi. Sin perder tiempo, al otro día dirigióse á casa de un rico comerciante de cuadros, y merced á la recomendación que le felicitó uno de sus corredores, Elías Magus, obtuvo trabajo para iluminar. Dedicóse á pintar, mezclando esta tarea con los quehaceres de la casa, mientras había luz del sol, y cuando llegaba la noche iluminaba grabados. Desde entonces no entraba ninguno de aquellos seres tan apasionados en la cama, sino para dejarla al poco rato. Fingían que se entregaban al sueño, y por abnegación mutua se dejaban tan pronto como uno conseguía engañar á su compañero. Al cabo, Luis, de madrugada, sintiéndose desmayar, abatido por la fiebre de un trabajo cuyo peso le anonadaba ya, abrió la claraboya de su cuarto para respirar el aire puro de la mañana y obtener algún alivio á sus amarguras; fijóse con asombro en el resplandor que proyectaba en la pared la lámpara de Ginebra, y adivinando lo que ocurría, bajó, entró de puntillas y sorprendió á su niña en medio del taller.

—¡Oh, Ginebra!—gritó.

Dió ella un salto convulsivo sobre su silla; el rubor coloreó su semblante.

—¿Acaso iba yo á dormir mientras la fatiga te mataba á tí?

—Es que sólo yo tengo derecho á trabajar de este modo.

—¿Puedo estar ociosa—replicó la joven con los ojos humedecidos—sabiendo que cada pedazo de pan nos cuesta casi una gota de sangre? Me moriría si no pudiera unir mis esfuerzos á los tuyos. ¿No es todo común entre ambos, el placer como las penas?

—¡Tiene frío!—observó con desesperado acento Luigi.—Abróchate mejor el chal, abrígate el pecho, Ginebra mía; la noche está fresca y húmeda.

Fueron á colocarse junto á la ventana, y la esposa apoyó su cabeza en los hombros de su adorado, que estrechaba su tallo; los dos, en silenciosa actitud, contemplaron el cielo, que empezaba á esclarecer el alba lentamente. Las nubes encendidas en fulgores grises pasaban volando, y el cielo se iluminó con luz cada vez más viva.

—Mira—dijo Ginebra,—es como un presagio, como un anuncio de que seremos dichosos.

—Sí, allá arriba—respondió Luigi sonriendo con amargura.—¡Oh, Ginebra, tú que merecías todos los tesoros de la tierra!

—Soy dueña de tu corazón.—Y su acento temblaba de alegría.

—No, no me quejo—continuó el militar estrechándole apasionadamente.

Y cubrió de besos aquel rostro delicado que empezaba á perder la frescura de la juventud, pero cuya expresión era tan tierna y tan dulce, que bastábale mirarlo para obtener el consuelo de sus tristezas.

—¡Qué silencio! Amigo mío, te aseguro que me gusta mucho velar. La majestad de la noche es verdaderamente contagiosa; impone, inspira; hay no sé qué grandeza poderosa en este pensamiento: todo duerme y velo yo.

—¡Oh, mi Ginebra! no es hoy solamente cuando he advertido que tu alma es delicadamente graciosa. Pero, mira, la aurora; ven á acostarte.

—Pero si no duermo cuando estoy sola; he sufrido mucho la noche en que me fijé que mi Luigi velaba sin mi compañía.

El valor con que estos jóvenes se defendían contra el in-

fortunio, obtuvo su recompensa, aunque por corto tiempo; porque el mismo suceso alegre que colma de felicidades el hogar, debía acarrearles funestísimas consecuencias: le nació á Ginebra un hijo que era, sirviéndonos el dicho vulgar, *hermoso como el sol*. El cariño maternal dobló sus fuerzas. Luigi contrajo deudas para atender al alumbramiento de su esposa. Durante los primeros días no sintió, pues, su desgracia, y los dos esposos se abandonaron con el espíritu tranquilo al placer de criar á su pequeño. Fué el último rayo de felicidad que alumbró aquella infeliz existencia. Como dos nadadores que se unen para resistir á la corriente, lucharon al principio con denodado empuje, aunque de cuando en cuando les anonadaba el aplanamiento, tan parecido al sopor que precede á la muerte. No tardaron en verse obligados á vender todas sus alhajas. La pobreza se presentó, no horrorosa, sino suave; casi se la podía sobrellevar dulcemente; no espantaba, no iba vestida de harapos, no la anunciaban voces de desesperación, ni la precedían horribles espectros; pero sí borraba todos los recuerdos y todas las satisfacciones de la comodidad; ponía en juego todos los recursos del orgullo. Más tarde degeneró en miseria, y ésta vino descarnada, con todo su acompañamiento de horrores, indiferente en mostrar sus andrajos y pisoteando todos los sentimientos de humanidad. Siete ú ocho meses después de haber nacido el pequeño Bartolomeo hubiera costado mucho reconocer en la madre que amamantaba á esta criatura enclenque, el original del admirable retrato que quedaba como único adorno de la habitación desnuda. Sin leña con qué contrarrestar los rigores del duro invierno, Ginebra vió eclipsarse las gracias de su rostro, sus mejillas llegaron á tener la blancura de la porcelana y sus ojos se oscurecían como si se agotasen las fuentes de la vida en su ser. Viendo á su hijo enteco, descolorido, no sufría más que por aquella inocente víctima; en cuanto á Luigi, no tenía ni aun valor para acariciar á su hijo.

—He recorrido París entero—decía con voz apagada;—no conozco á nadie, y no me atrevo á pedir nada á los extraños. Vergniaud, que nos protegió hasta ahora, mi viejo egipcio, está complicado en una conspiración y lo han encarcelado; además, me tiene prestado todo cuanto disponía. Nuestro propietario hace un año que no nos pide un céntimo por alquileres.

—Pero si nada necesitamos—respondió dulcemente Ginebra afectando tranquilidad.

—Cada día que pasa nos trae un peligro más.

Luigi vendió mal vendidos todos los cuadros de Ginebra, el retrato, varios muebles de que podían prescindir, y la suma que adquirió no hizo más que prolongar algunos momentos más su agonía. En los días de prueba demostró Ginebra la sublime condición de su carácter y su resignada nobleza, soportando estoicamente los golpes del infortunio; sosteníale su alma enérgica contra todos los males, y trabajaba con mano desfallecida, cerca de su hijo moribundo, atendía á los menesteres domésticos con actividad maravillosa y se bastaba para todo. Mostrábase todavía feliz viendo que en los labios de Luis vagaba una sonrisa de admiración cuando se fijaba en la limpieza con que relucía el único gabinete donde se habían refugiado.

—Te he guardado un pedazo de pan, amigo mío—díjole ella una tarde en que él volvía á casa fatigadísimo.

—¿Y tú?

—¿Yo? pues yo he comido ya, mi adorado Luis, nada me hace falta.

Y la dulce expresión de su rostro le instaba, aun más que sus frases, á que aceptara el alimento de que se privaba ella.

Luigi la abrazó y le dió uno de esos besos desesperados que se prodigaban los amigos en 1793 cuando subían al patíbulo. Eran momentos de suprema angustia en que dos seres se mostraban tal como eran. Comprendiendo el pobre Luis que su mujer estaba aún en ayunas, sintió como si le hiriera la misma fiebre que á ella le consumía, invadióle un escalofrío horrible, y salió, pretextando un asunto urgente, porque mejor habría tomado el veneno más activo que no salvarse comiéndose el último bocado que encontraba en su hogar. Fué vagando por París entre los carruajes más fastuosos, rodeado de ese lujo insultante que deslumbra dondequiera; pasó apresuradamente por las casas de cambio donde centellea el oro; y á la postre de su martirio, resolvió venderse, ofreciéndose como sustituto para el servicio de las armas, creyendo que este horrible sacrificio salvaría á Ginebra, y que, hallándose él ausente, podría la pobre niña inspirar compasión á Bartolomeo. Corrió, por tanto, en busca de uno de esos *negreros* que se dedican á la trata de blancos, y se

tuvo por feliz al encontrarse con un antiguo oficial de la guardia del emperador.

—Hace dos días que no he comido—dijole con voz lenta y débil;—mi mujer se muere de hambre, y sin embargo no me dirige la menor queja; expiraría sonriendo, estoy seguro. Por favor, compañero—y al decir esto sonreía amargamente, —cómprame y dame un anticipo; soy robusto, tengo mi licencia, y yo...

Dió el oficial una cantidad á Luigi, á cuenta de la que se comprometía á entregarle por el arreglo. El desgraciado se echó á reir convulsivamente cuando vió en su mano un puñado de oro, y corrió con todas sus fuerzas, jadeante, y gritando á lo mejor: «¡Oh, Ginebra mía! ¡Ginebra!» Anochecía cuando llegó á su casa. Entró sin hacer ruido, temiendo que la emoción fuera demasiado fuerte para la debilidad de su mujer. Penetraban los últimos resplandores de la tarde por el tragaluz, y los rayos mortecinos reflejaban en el rostro de Ginebra, que dormía sentada sobre una silla y con su niño en brazos.

—Despiértate, alma mía—murmuró sin fijarse en el gesto de su hijo, que conservaba en su rostro una mueca sobrehumana.

Abrió la pobre madre sus ojos al oír aquella voz, tropezó con la mirada de Luigi, y una sonrisa vagó por su boca; pero él dió un grito de horrible espanto. Casi no reconoció á su mujer, poco menos que loca ya, á quien por un resto de salvaje energía enseñó las monedas doradas. Ginebra se puso á reir maquinalmente, y de pronto gritó con voz angustiada:

—¡Luis, el niño está frío!

Contempló á la criatura y dobló el cuerpo desvanecida; el pequeño había muerto; Luigi cogió á su mujer sin quitarle el hijo que estrechaba con fuerza imponderable, y dejándola sobre el lecho, salió á la calle para pedir socorro.

—¡Dios mío, Dios mío!—dijo á su propietario á quien tropezó en la escalera—tengo dinero, y mi niño ha muerto de hambre, y su madre acaba también... ¡ayúdenos!

Volvió desesperado junto á su mujer, y dejó al noble bañil con el encargo de atender, ayudándole algunos vecinos, á todo lo que hiciera falta para aliviar aquella miseria desconocida hasta entonces; tan cuidadosamente la ocultaron aquellos corsos á quienes sostenía firmes su orgullo. Luigi

había arrojado el dinero sobre el suelo, arrodillándose á la cabecera de la cama donde yacía Ginebra.

Delirando dijo ésta:

—Cuide usted de mi hijo, padre; lleva su nombre.

—¡Oh, pobre ángel mío, cálmate!—le suspiró Luigi abrazándola—aun nos esperan días de ventura.

La voz y la caricia de su marido devolvieron un poco de quietud á su espíritu arrebatado.

—¡Ay, mi querido Luis!—replicó mirándole con interés extraño.—Escúchame atentamente. Voy á morir; siento á la muerte, que es natural que venga; sufría demasiado, y después, una dicha como la mía, tan grande, debía ser pagada de algún modo. Sí, Luis mío, consuélate. He sido tan feliz, que si volviera á la vida aceptaría de nuevo nuestro destino. Soy una mala madre; más pena siento por ti, que por mi hijo... ¡Mi hijo!—añadió con voz sentida, intraducible. Dos lágrimas se desprendieron de sus ojos apagados y se puso á estrechar el cadáver á que no había podido infundir alientos con su calor.—Da mi cabellera á mi padre, en memoria de su Ginebra—siguió diciendo.—Dile que no le he acusado nunca...

Y su cabeza cayó sobre los brazos de Luigi.

—No, tú no puedes morir—gritó el pobre;—el médico vendrá pronto. Tenemos pan. Tu padre te perdonará. La prosperidad nos sonríe; quédate aquí, con nosotros, ángel hermoso.

Pero aquel corazón leal y amante se enfriaba; Ginebra volvía instintivamente sus ojos hacia el que adoraba, aunque ya á nada de este mundo fuera sensible: imágenes confusas flotaban sobre su espíritu, próximo á perder todos los recuerdos de la tierra. Sabía que Luigi estaba allí, puesto que seguía estrechándole su mano helada cada vez con más fuerza, como si quisiera detenerse al borde de un precipicio donde le parecía que iba á caer.

—Amigo mío—dijo en las últimas,—tienes frío y voy á calentarte.

Trató de llevar la mano de Luigi al corazón, pero expiró en estas.

Dos médicos, un sacerdote y algunos vecinos penetraron en aquel instante, llevando cuanto hacía falta para salvar á los dos esposos y calmar su desespero. Alborotaban al meterse en la estancia aquellos extraños, pero al cabo reinó un horrible silencio de muerte allí.

En el transcurso de esta escena, Bartolomeo y su mujer se habían sentado en sus vetustos sillones, cada cual á un lado de la vasta chimenea, cuyo encendido brasero recalentaba el inmenso salón. El reloj señalaba las doce de la noche. Hacía mucho tiempo que esta pareja no podía dormir. Estaban silenciosos como viejos que chochean y que lo miran todo, á la manera de los niños, sin fijarse en nada. La cámara desierta, pero animada con recuerdos vivos para sus almas, veíase iluminada por una sola luz que iba extinguiéndose. A no ser por las llamas que chisporroteaban en el hogar, hubiéranse hallado completamente á oscuras. Acababa de dejarles uno de sus amigos, y la silla que ocupaba durante su visita estaba entre los dos corsos. Piombo había mirado varias veces aquel asiento, y era que las tales miradas, movidas por sus ideas, se sucedían al compás de sus remordimientos, pues la silla vacía perteneció á la hija ausente. Elisa Piombo espiaba los cambios que sufría el rostro blanquecino de su marido; y si bien estaba acostumbrada á descubrir los sentimientos de Bartolomeo por el gesto que adquirirían sus rasgos fisonómicos, eran sucesivamente tan amenazadores y tan impregnados de melancolía, que ya le era imposible leer en aquella alma que parecía enigma indecifrible.

¿Cedía el barón á los poderosos recuerdos evocados por tal silla? ¿Le admiraba que fuese aquella la primera ocasión, desde la huida de la hija, en que se ocupaba su sitio? ¿La había aguardado hasta entonces inútilmente, y era la hora llegada de la clemencia?

Todas estas reflexiones cruzaron sucesivamente por la imaginación de Elisa Piombo. Hubo un momento en que la fisonomía de su marido cobró tan duro ceño, que la pobre mujer tembló, sintiendo haber empleado ardid tan inofensivo para poder hablar de Ginebra. Se oyó distintamente el ligero azotar de los copos de nieve en los cristales, á impulsos del viento del norte que los impelía. La madre de Ginebra bajó los ojos, comiéndose sus lágrimas para que no la vendieran. Escapóse del pecho del anciano un suspiro, y la vieja le miró con interés; veíasele abatido, y se apresuró la dama á hablarle, por segunda vez en los tres años de separación, de su hija.

—¡Si tuviera frío la niña!—murmuró ella dulcemente. El viejo se estremeció.

—Quizás padece hambre—continuó su compañera.

Osciló una lágrima en las pupilas del corso.

—Tiene un niño y no puede alimentarle; se le ha agotado la leche.

Aquí el acento de la madre era acento de desesperación.

—¡Que venga! ¡que venga!—alborotó Piombo.—¡Oh, querida hija mía! me has vencido.

Levantóse la anciana como si fuese en busca de su niña. Pero entonces se abrió la puerta con estrépito, y un hombre cuyo rostro desfigurado parecía trasunto de las fieras, se presentó á su vista.

—¡¡Muerta! Nuestras familias debían exterminarse una á otra, y no queda de ella más que esto—barbotó, echando sobre la mesa la larga y negra cabellera de Ginebra.

Sintieron los dos ancianos sensación espeluznante, horrosa, como si acabara de caer un rayo á sus plantas, y desapareció de sus ojos el cuerpo de Luigi.

—¡Ese hombre me ahorra un tiro, porque ya va muerto!—dijo lentamente Bartolomeo mirando al suelo.

París, enero 1830.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, N. L.